

PERROS, GATOS Y LÉMURES

LOS ESCRITORES Y SUS ANIMALES

**SOLEDAD PUÉRTOLAS · ANDRÉS TRAPIELLO · JOSÉ CARLOS LLOP
ANTÓN CASTRO · IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN · ANDRÉS IBÁÑEZ
MARTA SANZ · FÉLIX ROMEO · BERTA MARSÉ
PILAR ADÓN · CARLOS PARDO**



errata naturae

«De la muerte de Mora», de Andrés Trapiello, fue publicado como parte de la última entrega de su diario en marcha *Salón de los pasos perdidos*, titulada *Apenas sensitivo* (Pre-Textos, 2011).

La primera parte de «Gatos», titulada del mismo modo, es parte de la novela *La lección de anatomía* (RBA, 2008) de Marta Sanz. El segundo texto, titulado «La gata cautiva», es inédito.

*Los editores quieren dedicar este libro
a la memoria de Félix Romeo*

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2011

© de los textos, sus autores
© Errata naturae editores, 2011
C/ Río Uruguay 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-14-5

DEPÓSITO LEGAL: xxxxxxxx

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Índice

<i>Prólogo</i>	7
PRIMERA PARTE	
El perro inmortal de Byron <i>Antón Castro</i>	13
Cartas sobre Ariel <i>Carlos Pardo</i>	25
Un guardián sobre la alfombra <i>Pilar Adón</i>	45
Nocturno malgache <i>José Carlos Llop</i>	65
INTERLUDIO EN PRIMERA PERSONA	
Retrato del escritor con perro <i>Soledad Puértolas</i>	81
Gatos <i>Marta Sanz</i>	91
El perro cantante <i>Ignacio Martínez de Pisón</i>	111
De la muerte de Mora <i>Andrés Trapiello</i>	123

SEGUNDA PARTE

El hombre invisible y el zoo de los Bowles	143
<i>Félix Romeo</i>	
Charlie y Truman	159
<i>Berta Marsé</i>	
Vida pagana y alegre de Teodoro W. Adorno	175
<i>Andrés Ibáñez</i>	
<i>Los protagonistas de este libro</i>	185
<i>Los autores de este libro</i>	199

PRÓLOGO

La soledad del escritor. De la escritura.

Nos la han enseñado, la conocemos, los escritores nos hablan a menudo de ella... Duras, Woolf, Beckett, Pavese, Pessoa, Genet en su celda... ¿Qué excluye esa soledad? ¿Y qué incluye? A veces lo excluye todo. Duras ni siquiera escribía en el jardín. Allí, decía, siempre hay un gato, un pájaro, una ardilla... Ella requería la soledad absoluta, la casa encerrada sobre su propio ser. Para otros escritores, en cambio, la soledad incluye precisamente aquello que Duras excluye: un animal, un ser que no es humano, que no habla o interrumpe, que nos deja solos pero, al mismo tiempo, nos acompaña.

Para los autores de este libro, el perímetro de ese territorio, de esa soledad, no se cierra entonces sobre

el escritor, sino sobre el escritor y el animal que lo acompaña. «Animal de compañía» es una expresión envejecida, acartonada. Y, sin embargo, podría ser bella por lo que implica: compañía. Compañía en la soledad de la escritura, en la soledad de la vida.

Los animales y la literatura, los animales y la escritura. El animal de compañía como auténtico compañero del escritor, como amigo, como único depositario de unos sentimientos, e, incluso, de unas ideas, que el autor no osaría compartir con nadie más. Depositario de las fuerzas, los deseos, los impulsos del íntimo modo de ser del escritor, los mismos que colaboran en el acto creador.

El animal como compañero literario. Porque quien tiene un perro, un gato, incluso un loro, un canario o un caballo al que se entrega y ama de un modo especial, de alguna manera le está dando la espalda a la comunidad humana, se está retirando a otro lugar, se encierra en un rincón emancipado de las «torturas del tiempo», nuestro mayor enemigo, del mismo modo que se retira a la literatura. El animal doméstico es admitido en los pliegues más íntimos de la propia personalidad, allí donde también la literatura indaga, escruta, se alimenta.

El animal doméstico como protección contra los ultrajes de la vida, como un recurso, un refugio contra el mundo, como un modo de estar solo y retirado

sin estarlo del todo... El animal, compañero familiar y exigente que nos recuerda nuestra propia finitud, pues comparte nuestra suerte mortal, nos enfrenta a su propia muerte que, de algún modo, es como la nuestra, pero anterior, más cercana. La muerte del animal amado nos amenaza del mismo modo que la nuestra; nos persigue, nos da miedo, como una réplica anterior que nos enseña a ser, tal vez, más humildes.

Los hay para quienes esa compañía animal es única: cuando ese compañero, ése en concreto, muere, ya no habrá otro. La unión no vuelve a producirse. La mayoría, sin embargo, encadena un compañero tras otro, o tiene varios a un tiempo, todos distintos y únicos, y aprende a amar, cuidar y convivir con todos ellos: perros, gatos y lémures.

En este libro se reúnen textos de algunos de los principales escritores españoles del presente, autores de distintas generaciones: son aproximaciones, tanto en primera como en tercera persona, al mundo, interior y exterior, de nuestros animales.

Algunos de ellos han decidido escribir sobre sus escritores favoritos y sus animales de compañía, sobre sus nombres y sus relaciones, muy distintas según los casos: accidental en el caso de Laforgue y Ariel, intermitente e irregular en el caso de Cortázar y el gato

Teodoro W. Adorno, fiel e inquebrantable en los de Boatswain y Lord Byron o Charlie y Truman Capote.

Otros han abordado la relación de un solo autor o autora con varios animales: los hurones y lémures de Connolly; los perros y el tití de Virginia Woolf; la fauna casi completa (loros, gatos, un pato, un armadillo, coatíes y algún que otro perro) de los Bowles.

E incluso alguno se ha decidido a hablar de sus propios compañeros: animales que han ocupado y ocupan un lugar importante tanto en sus vidas como en su escritura, y a los que han dedicado textos siempre muy intensos; íntimos y reflexivos unas veces, divertidos y juguetones otras.

Es éste, pues, un libro plural. Casi un manual, con voces y animales distintos, para comprender un mundo de relaciones que es sobre todo eso mismo: un «mundo», un universo: un espacio de encuentro que, no por ser tan entrañable, tan emocionante y feliz en ocasiones, deja de lado la inteligencia, el arte más rotundo.

Los editores

PRIMERA PARTE

EL PERRO INMORTAL DE BYRON

ANTÓN CASTRO

Algunos poetas empezaron a gustarme más por la idea que me transmitían acerca de ellos mis profesores que por su obra misma. Al principio, Friedrich Hölderlin fue mi favorito entre los románticos: me apasionaban su canto a las estaciones y, especialmente, aquella imagen de hombre loco que se pasaba la vida en un taller de carpintería mientras oía el chicotazo del viento entre los árboles. Luego me atrapó el joven John Keats, tan enamorado de la Grecia clásica como del amor, que murió demasiado joven en Roma. Y pronto irrumpió, con una fuerza majestuosa, Lord Byron: siempre que aparecía su nombre, más que citar *El corsario*, *La peregrinación de Childe Harold* o ese proyecto inacabado que fue *Don Juan*, resuelto en diecisiete cantos, se hablaba de su controvertida

personalidad, displicente y cruel, y su vocación heroica: había fallecido combatiendo por la independencia de Grecia. En realidad, había fallecido tras un ataque epiléptico y una sangría temeraria mientras se afanaba en la defensa de esa idea de liberación.

En cuanto profundizabas un poco en él, entendías que había sido un hombre especial: atormentado, bipolar probablemente, excéntrico, exiliado, errabundo, casi demoníaco y proclive al enamoramiento. O a la búsqueda del placer. Se inició en el sexo con una institutriz en un verano en Escocia en torno a los diez años; aquella Mary Gray, vista desde lejos, parece un personaje soñado por el propio Byron: dada a las orgías, a los excesos etílicos y a esos laberintos borrascosos del carácter que empujan hacia el placer y la autodestrucción; al niño lo azotó y lo aterrorizó con historias sobre la existencia del infierno, le leía la Biblia, y pareció mostrarle que en la lujuria tienden a mezclarse la voluptuosidad, el goce indecible, el dolor y la crueldad. Más tarde, Lord Byron perdió la cabeza por su prima Mary Duff y después volvió a conocer la amargura del desamor tras la muerte de otra prima, Margaret Parker, «uno de los más hermosos de entre los seres evanescentes»: entonces contaba catorce años y ya se había iniciado en la redacción de poemas y en la sublimación de las cuitas. Poco más tarde, ingresó en Cambridge, donde empezó a desarrollarse

la espiral inagotable del mito Byron: aquel estudiante cojo, con una malformación de nacimiento en un pie, era muy brillante y perverso; tenía criado y un caballo. Deslumbraba en los estudios y en las juergas, reclamaba la atención con sus atuendos entre refinados y extravagantes, y tenía un carisma especial que le permitía destacar en política, en el núcleo de amigos, en el teatro como incipiente actor y en los círculos literarios. Además, practicó esgrima y pugilismo, deporte que ensalzaba. Dice en sus *Diarios*: «Solía tener una buena pegada, y mis brazos son muy largos para mi estatura (un metro setenta y cuatro). En todo caso, el ejercicio es bueno y éste es el más severo de todos; la esgrima y el sable no me fatigaban ni la mitad». Era desafiante, chulo y un seductor incurable al que le obsesionaban su esbeltez y su porte atlético.

Su existencia conocería diversas derivas: amó a muchas mujeres (algunos centenares según se ha escrito; en ocasiones se cuenta que disfrutó de un auténtico harén) y a varios hombres, fue acusado de sodomita. Se casó con Anne Isabella Milbanke y tuvo una hija con ella, Augusta Ada; pero en cuanto su esposa descubrió su vida licenciosa, lo dejó. En sus *Diarios* —manejo la edición española que preparó Lorenzo Luengo para el sello Alamut en 2008— la retrata así: «Ayer, carta muy bonita de Annabella, a la que he respondido. ¡Qué extraña situación y qué amistad es la

nuestra! Sin una chispa de amor por ninguna de las dos partes, y originada por circunstancias que generalmente producen frialdad en un lado, y aversión en el otro. Es una mujer superior [...]. Es poetisa, es matemática, es metafísica, y aun con todo, muy dulce, generosa, y amable, y muy poco presuntuosa». Su gélido amor apenas duró un año.

Dado a la amoralidad y a la provocación, tuvo una relación incestuosa con su hermanastra Augusta, que le dio otra hija, Medora; y de su encuentro con Claire Clairmont, pariente de su amiga Mary W. Shelley, la autora de *Frankenstein*, nacería su segunda hija ilegítima, Allegra. En una nota de sus *Diarios* escribió: «¡Qué hago! Estoy enamorado —y cansado del concubinato promiscuo— y esto me ofrece la oportunidad de llevar una vida asentada».

Lord Byron era un hombre contradictorio: salaz, injuriador y soberbio. Y para algunos, antipatriota. Escribe con mucho desparpajo, con minuciosidad, con humor y con muchas intuiciones; por ejemplo, anota: «¿Qué es la poesía? El sentimiento de un mundo pasado y futuro», y en sus textos igual se cruzan las notas sobre los libros que lee, el retrato de los amigos, confesiones de admiración —él fue admirado por Goethe, por Poe, por Bécquer...—, que denuestos a menudo barriobajeros contra las prostitutas, contra políticos o escritores que no le resultan interesantes o

simpáticos. Se confiesa, más o menos oblicuamente, partidario de la galantería y el cortejo. En el fondo está tan a gusto con su suerte y con su peripecia vital que declara: «Si tuviera que vivirlo todo de nuevo no sé qué cambiaría de mi vida, a no ser que fuese *con el fin de no haber vivido*».

Lord Byron encarna un ideal romántico. La imagen romántica por excelencia: es el poeta exaltado, vitalista, torrencial. El poeta de los sentimientos, de las emociones y de las gestas. A veces ni parecía humano. Intentaba combatir el aburrimiento como podía. Sin embargo, su ansiedad se aliviaba en compañía de sus animales: por tener tuvo hasta un amplio bestiario doméstico. En 1821 escribía: «Vine a casa, y leí a Mitford de nuevo, y jugué con mi mastín». Algo más adelante añade: «El cuervo está cojo de una pata —me pregunto cómo ha sucedido—; algún idiota le habrá pisado el dedo, supongo. El halcón bastante enérgico, los gatos grandes y ruidosos, a los monos no los he ido a ver desde que empezó el frío, pues sufren cuando los sacan fuera. Los caballos deben de estar llenos de energía, saldré a cabalgar tan pronto como el tiempo acompañe. Condenadamente pesado aún... un invierno italiano es algo triste, pero las demás estaciones son encantadoras». Byron fue un gran viajero por Italia, Grecia, Turquía o España (le impresionaron sus mujeres y les dedicó la composición